

JUAN CARLOS ELIJAS, *BALADA DE BERLÍN*, PREFACIO DE EDUARD WALD, ZARAGOZA, *LOS LIBROS DEL GATO NEGRO*, 2017, 88 pp.; Y *LA SUSTANCIA ÚLTIMA DEL MUNDO*, PRÓLOGO DE EDWAR WOODS FLORES, TERUEL, AYUNTAMIENTO, 2017, 60 pp.

JOSÉ MARÍA BALCELLS DOMÉNECH
Universidad de León

El poeta tarraconense Juan Carlos Elijas daba a conocer, en 2017, varias entregas de poesía, de dos de las cuales nos hacemos eco en esta reseña. El comentario conjunto de ambas nos va a permitir contrastarlas, señalando en especial algunas de sus diferencias, así como ciertas similitudes. Una es la de tratarse de obras compuestas a vueltas de sendas ciudades, Berlín y Nueva York, lo que ha sido causa primordial para justificar que las hayamos reunido para ocuparnos de ellas al unísono.

De este par de títulos, el primero en ser impreso fue *Balada de Berlín*. Y justamente el autor, a continuación de la fecha en que acabó de imprimirse esta obra, quiso poner una nota del tipo de las que suelen denominarse «colofón», en la que se dice: «Hoy aprendemos que buscar palabras que definan una ciudad

es buscar palabras para definir la vida.» Entiendo que interesa estar advertidos, por tanto, de que, según el poeta y en tanto que poeta, la especulación acerca de en qué consista la vida ha de basarse en búsquedas verbales para perfilar una ciudad. Y he evitado la reproducción del verbo que se usa en la cita, el de definir, porque debe haberse utilizado en sentido metafórico, pues difícilmente es accesible una definición precisa de tales o cuales ciudades, y de la vida uno diría que resulta indefinible por definición.

Abundando en este asunto un poco más, diríamos que el poeta Juan Carlos Elijas ha realizado en estos libros una representación imaginaria muy personal de universos colectivos, bien complejos, en los que habitan personas con otras tantas representaciones imaginarias del medio en el que viven. En cualquier

supuesto, quede constancia de que el autor es poeta ya consumado en el acercamiento lírico urbanita, que es como decir del acercamiento a las muchas vidas urbanas de las que ha sido testigo, y, por extensión, a la vida. De esas tentativas de aproximación han sido ejemplo, amén de otros textos que pudieran ser aducidos, obras como la de 2001 *Lisboa blues*, así como *Delfos, me has vencido*, y *Cuaderno de Pompeya*, las dos editadas el mismo año, en 2009.

Los prólogos que van al frente de estos dos libros son bien útiles, porque aportan informaciones relativas a determinadas circunstancias genéticas de los mismos. Eduard Wald recuerda en su prefacio las repetidas visitas del poeta a Berlín, y subraya su decisiva estancia de 2014, en la que se gestó el libro inspirado en esa ciudad. Asimismo, da testimonio de la factible lectura de varios de los poemas de la obra. Gracias a sus notas, hemos de compartir su entendimiento de «El cuaderno de Eva Schenk» como un homenaje al grupo de amigos con los que solía pasar sus horas berlinesas Juan Carlos Elijas. Y también sabemos que la composición que da título al libro, es decir «Balada de Berlín», nació de una suerte de ejercicio semilúdico de escritura poemática a partir de media docena de palabras relativas a esa ciudad germana.

A su vez, Edwar Wood Flores rememora sus encuentros neoyorkinos con Juan Carlos Elijas, y aporta datos valiosos que tienen que ver con diferenciados aspectos de *La sustancia última del mundo*.

Esta estadía no fue muy distante de la alemana a la que nos hemos referido, pues se nos informa de que acaeció «hace como tres años...»; y a continuación se nos dice dónde, y luego aun se añade el lugar en el que se verían por segunda vez. Tales circunstancias son útiles para percatarnos de algunos intereses literarios significativos del poeta. La primera vez que se vieron fue en una sesión de slam poetry. La segunda en otra actividad similar, realizada por la marca *poetas por kilómetro cuadrado*. En esos eventos, pese a su denominación de aire alternativo, no se propone ningún tipo de poesía en concreto, sino que se muestran opciones abiertas a plurales modos de poetizar. Destaco asimismo informaciones de Woods Flores que sirven para entender mejor la estructura y la línea argumental del libro: Elijas hubo de interrumpir su estancia en la urbe norteamericana, a raíz del fallecimiento en España de una persona muy entrañable para él. Otra pista de valía es informarnos de que los poemas los tituló de ese modo, y todos en lengua inglesa, a vueltas de «las canciones con las que ambientaba su habitación, y que a veces servían para hablar de rock...».

No se pasa por alto en ambos preliminares la praxis literaria manifiesta en esas obras. Al respecto, el prologuista de *Balada de Berlín* llama la atención sobre todo acerca de la singularidad de cuatro poemas, los citados «Balada de Berlín» y «El cuaderno de Eva Schenk», y, además, la «Oda sinfónica para una víscera» y «La noche del cazador.» En el primero anota

que fue el texto originario del libro, y cuyo momento inicial sería «una perfecta sextina.» En el segundo se fija en su desarrollo en siete fragmentos plasmados en alejandrinos, estructura pareja a la del tercero, difiriendo el tipo de versos, e ironiza sobre la posibilidad de que pueda caerse en el señuelo de descubrir ahí simbolismos esotéricos. Esa ironía no le impide apuntar a la dimensión oscura implementada en el poema recién citado. En la introducción a *La sustancia última del mundo* se enfatiza sobre todo el ritmo «embaucador» que engarza ese conjunto, basado en distintas realizaciones métricas de ostensible extensión que se acompañan con otras menos dilatadas, y, en un supuesto, añadido por mi parte en referencia a «Steamy Windows», conviven con un texto excepcional de ritmos cortos encauzados en agrupaciones cortas también.

Anticipé que me referiría a algunos de los contrapuntos que presentan ambas obras. Uno de los más ostensibles se relaciona con su respectiva estructuración, porque, más allá de que el telón de fondo fundamental de una y otra sea una ciudad, no se nos ofrece un hilo anecdótico diáfano e inequívoco en *Balada de Berlín*, a diferencia de *La sustancia última del mundo*, donde sí lo percibimos con nitidez. Wood Flores nos puso sobre aviso acerca de aquel abrupto corte biográfico durante la estancia neoyorkina, y ese corte se refleja en la estructura del conjunto contextualizado en Nueva York, y secundariamente en tierra española. Esta

no puede ser sino la tarraconense, y desde el poema «Free falling», que encabeza la sección a la que se puso el título de «Calle 14», y que en no pocos pasajes reviste carácter elegíaco. Y aquí he de anotar que el desenvolvimiento final de *Balada de Berlín* reviste asimismo componentes de elegía, y no falta tampoco el retorno a una Tarragona que, como las ciudades averiguadas por Elijas, siempre encierra sorpresas, y nunca puede darse por leída y mucho menos por entendida.

Desde una consideración rítmica, llama la atención que en *Balada de Berlín* se plasmen algunas composiciones ajustadas a pautas que proceden de la preceptiva, como las sextinas, hacia las que Juan Carlos Elijas, bajo un tratamiento sui generis, se ha mostrado proclive. Sería un tributo métrico a la herencia clásica, como lo es el tan sostenido del soneto en *Sonetos a Simeonova* (2014), aunque siempre ha de alertarse acerca de la perspectiva irónica desde la que esas formas se plasman. Remarco igualmente que esa presencia de rango clasicista es solo testimonial en el libro, caracterizado por configuraciones que se logran sin estándares preestablecidos, como sucede en *La sustancia última del mundo*. No obstante, el poeta suele valerse a menudo, como contrapeso, de procedimientos de estructuración tales como las anáforas y las reiteraciones léxicas puestas al comienzo de distintas agrupaciones versales. Estas técnicas, por cierto, se aprecian por lo común en poetas de aliento creacional desbordante.

Entre otros parecidos que el lector puede encontrar si contrasta los dos libros, uno sería la praxis de crear buen número de poemas plasmándolos en distintos fragmentos, de modo que se convierten casi en excepcionales aquellos textos que se hurtan a esa estrategia literaria. Una semejanza más: las exploraciones rítmicas diferenciadas que pudieran estar acordes con la visión semántica personal del autor respecto a ambas ciudades.

Obviamente emparenta a ese par de libros el tan peculiar y original ángulo de enfoque de la realidad que caracteriza a Juan Carlos Elijas, ahora sin ladearse por veredas bufonescas, como en otras ocasiones ha sucedido en su práctica literaria. Bien insólita es, por ejemplo, la autorreferencialidad del sujeto en

La sustancia última del mundo como un pelicularo conquistador del Oeste que pretende situarse en escenas vividas por un antepasado, y que se pone también en la piel de personajes autóctonos. Y no menos original es el ángulo de visión en el que hay que situarse para poder escribir una «Oda sinfónica a una víscera», un título en extremo paródico para un objeto de atención corporal atípico en la historia de la poesía española, incluso en la más reivindicativa de partes del cuerpo ninguneadas por toda clase de poetas. Diré, por último, que el ludismo de la intertextualidad apenas aparece en *Balada de Berlín*, pero sí abunda, en cambio, en *La sustancia última del mundo*, involucrándose a veces en ella la ironía de desmitificarla cuando se la intersecta en realidades cotidianas nada mitificables.